

La Crayón
REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

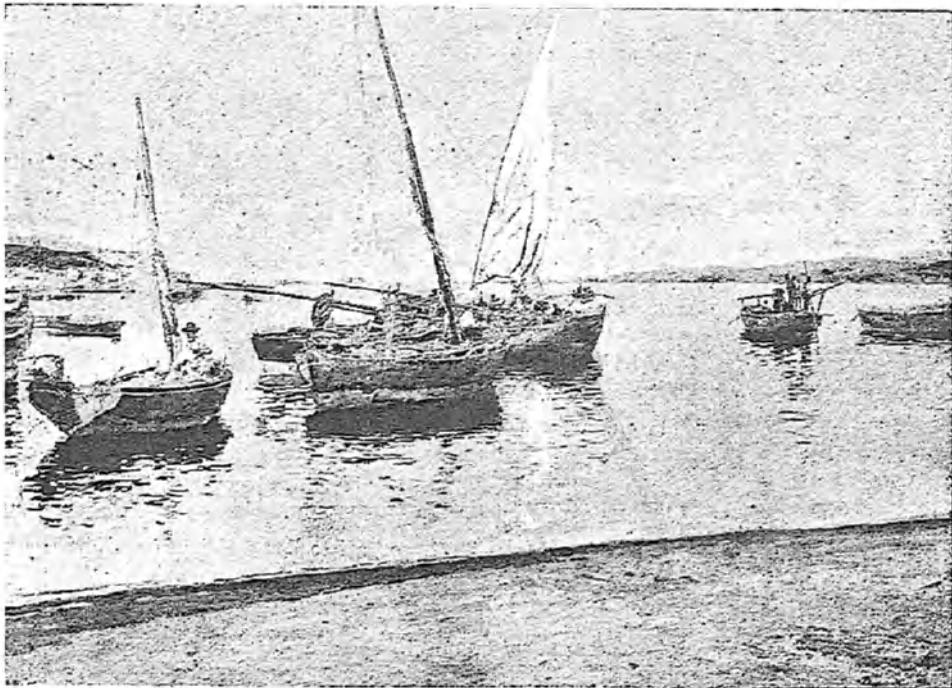
AÑO II.

Madrid, 15 de Julio de 1894.

Núm. 55.

BELLAS ARTES

SERAFÍN DE AVEDAÑO



RÍA DE VIGO

ACTUALIDADES



ENTRO de pocos meses ya no habrá «Guerra».

Y nos quedaremos en paz.

Pero á disgusto, porque con «Guerras» como hasta el presente ya quisiéramos estar siempre.

El torero verdad, el hipnotizador de toros, muere para el arte, para seguir él viviendo con.... 50 y tantas mil pesetas al año y muy feliz.

Me alegro por él, y lo siento por mí, que siempre me ha gustado lo bueno.



Con el calor, hemos empezado á conjugar el verbo ir á las mil maravillas.

Yo voy; esto lo dicen varios; unos refiriéndose á San Sebastian, otros al extranjero, algunos á Pozuelo, Pinto ó Vallecas, y bastantes lo dicen minutos antes de salir de su casa para ir á tomar un rato el fresco, dándose un paseo por el Prado.

Tú vas; esto lo digo yo, siempre que encuentro á un amigo que me dice que se marcha; y lo digo en tono triste, y sintiéndolo mucho, como es natural, por quedarme aquí.

El otro día me encontré á uno de éstos, que me dice: Me voy á mi posesión de Mirapastel, á dos minutos de Villa el Mar, y te voy á molestar dejándote algunos encarguitos, que por no tener tiempo he dejado sin hacer.

—Hombre—le dije,—déjame el billete del ferrocarril y la cartera, y quédate tú á hacer los encarguitos.

Y así se puede seguir conjugando todos los tiempos del verbo ir.

Los novios conjugan este verbo siempre en plural.

Nos vamos, le dice él á ella, y *ella* casi siempre, no pudiendo resistir la tentación ni los deseos de separarse de su querida familia, acompaña al novio y se van en plural.



Los escándalos del Congreso van picando en historia, resultando que aquello ya no es Congreso, sino una plaza de toros, ó una plaza de la Cebada.

Y llegará día en que el pueblo tendrá, con fuerzas de la Guardia civil, que entrar á reprimir los desórdenes de aquella casa.

Pnes no entiendo el por qué, si se arma un motin en la plaza de la Cebada, han de moler á palos á los amotinados, y si éste se arma en el Congreso, lugar bastante más sucio que la plaza de la Cebada, han de quedar los amotinados en completa inmunidad.



Odón González y Caso, así se llama el joven violinista cuyo retrato publicamos.

Á los quince años de edad (cumplidos este mes) ha merecido el primer premio por unanimidad, habiendo obtenido en todos sus exámenes, desde que empezó la carrera, la calificación de sobresaliente.

¡Buen chito!



RAP-SAG.

SANTOS..... DE PLAYA

Se casó Simplicio
Cabeza de Buey,
allá por Enero
del ochenta y tres,
y pasaron años,
dos y cuatro y seis,
sin tener el fruto
que anhelaba él.
No pedía al cielo
más dicha ni bien
que un hijo, y hacía,
con ferviente fe,
votos y promesas
cada día cien,
y ofrecía misas
á San Rafael,
San Ramón, San Lucas
y á la Virgen de
la Leche y Buen parto,
y más de una vez
fué á lejana ermita
descalzo y á pie,
sin lograr del cielo
la ansiada merced.

Simplicio, á la Ciencia
recurrió después,
y vió á los doctores
de más fama y prez,
y tomó mil drogas,
aun sabiendo á hiel,
y fué á cuantas aguas
le dijeron:—Vé,
que para tu antojo
buenas han de ser;
y, por fin, gastando
con esplendidez,
el pobrete hizo
cuanto pudo hacer,
sin lograr un hijo
por suerte cruel.

Ya sin esperanza,
se iba cada vez
quedando más flaco
sin querer comer,
suspirando siempre,
dándose á Luzbel,
triste y cabizbajo,
pálida la tez,
de modo que el médico
murmuró:—«Esta es
una pasión de ánimo
tan terrible, que
este pobre hombre
no vive ni un mes.»

Un día, un amigo
le dijo:—¿Por qué
no vas á los baños

de mar? Más de diez,
que conozco, han ido,
probádoles bien,
y hasta sé de alguno
que á «la Concha» fué,
y que ya ha tenido
no un vástago, tres.

Aunque era en Febrero,
cogió á su mujer

El año pasado
de noventa y tres,
decidió Simplicio
ir á Santander
y, ¡oh, ventura! tuvo
un «torro» también.

—«Dime, ¿á éste qué non bre
se le va á poner?»—
dijole la esposa;



Simplicio, al oírlo,
metióla en el tren
y á San Sebastián
con ella se fué.
¡Oh, dicha! ¡Oh, milagro!
El hogar aquel
á los nueve meses
ya tuvo un «bebé»,
al que el padre puso
Sebastián, por ser
hombre agradecido,
fervoroso y fiel.

y al momento él
contestó:—He resuelto
llamarlo *Tander*.
—Santander no es santo.
—¿Qué no es Santo, eh?—
replicó Simplicio.—
¡Buena estupidez!
Para mí, tan Santo,
por portarse bien,
fué *San Sebastián*....
como es *San-Tander*.

FELIPE PEREZ Y GONZÁLEZ.

(Ilustración de Fulio Romero.)

LA PRIMAVERA DE LUCINDA

¡Oh! jóvenes amables, que, en medio de esta sociedad positivista y descreída, conserváis, para dicha vuestra, ilusiones y esperanzas; que creéis en el amor puro y sin mezcla, y os sentís conmovidos ante la presencia de un ejemplar bello del sexo bello, á vosotros me dirijo.

También á vosotros, hombres maduros, que habéis pasado de la edad de Cristo Nuestro Señor sin que el amor os haya subyugado y vencido; ó que por haber sufrido algún desengaño formasteis un juicio pesimista y desfavorable de la hermosa mitad del género humano, siendo en vosotros, por vuestro mal, más poderoso el recelo de hallar nuevo desengaño que el natural deseo de constituir familia, y obtener el dulce nombre de padre, que es mejor que el de tío.



También me dirijo á vosotros, viudos, más ó menos afligidos, que dudáis si reincidir en el matrimonio; los unos, porque no tenéis seguridad de hallar mujer tan buena como era la difunta; los otros, porque teméis que la que ahora os toque en suerte sea tan mala como era la difunta, ó peor.

Y por último, también va esto con vosotros los solterones empedernidos, que tenéis dinero y ama de gobierno sospechosa, egoistas y comodones, que no os habéis casado por no contraer obligaciones, y por no sufrir los sinsabores

que trae consigo ese estado; vosotros, á quienes no tardará mucho en visitar el reuma gotoso ó la diabetes, y entonces no tendréis á vuestro lado más que á la sospechosa ama de Gobierno, y á los sobrinos maliciosos, que se holgarán mucho de veros reventar.

Á todos vosotros me dirijo en estas cortas líneas, para deciros que vayáis esas mañanitas de Mayo al Retiro, donde, además de respirar aire más puro que en vuestras casas, recrearéis el ánimo en medio de aquella frondosidad, aspirando el perfume de las flores y de las hierbas aromáticas, y veréis á Lucinda.

¿No conocéis á Lucinda?.....

Pues oid.

Lucinda es una criatura que el año pasado tenía veinticinco años, y ahora tendrá veinticuatro, porque tiene la costumbre, desde que tuvo veintidós, de quitarse uno cada año. La miráis á la cara, y no podéis menos de reconocer que reúne en el rostro todas las perfecciones que ha podido soñar el más intransigente en cosas de estetica. Con decirós que es más bella que Moret, no necesito decir más. Su cuerpo es de una pureza ideal de contornos, y esto lo podéis apreciar perfectamente sin agravio de su pudor, porque lleva un vestido blanco salpicado de corazoncitos rojos, bien ceñido al cuerpo, de suerte que se adivinan los encantos que atesora su escultural figura. Fijaos en el brazo, en cuya mano sostiene la linda sombrilla, roja también como los corazoncitos del vestido, y no habréis visto en vuestra vida mano y brazos tan bien hechos. Fidias, si los viera, se quedaría hecho una pieza y no volvería de su asombro. Lleva recogida la espléndida cabellera negra con una gracia singular, y no creéis que ha estado tres horas delante del espejo; ni siquiera se ha mirado para recogerse el pelo con tan suprema elegancia; ni un minuto emplea en su tocado. ¿Y qué bien puesto el velo; una diadema de brillantes debiera sujetarlo, y nunca se habría visto cabeza más hermosa de reina!

Anda con maravillosa seguridad, con un movimiento levisimo de caderas, acompasado y elegante, y sus pies apenas se ven, aunque lleva el vestido corto, porque son unos pies diminutos como los de un ángel de Rubens.

Esta hermosísima mujer no va sola; va con su mamá; una señora gorda, colorada de rostro, apoplética, pesada de pies, tan ancha de arriba como de abajo, sin talle, pero con un pecho opulentísimo, que la sofoca. Aunque Lucinda va despacio, ella, la mamá, la sigue trabajosamente, y en hallando un banco sientase unos momentos á descansar. Lucinda no se sienta; contempla los árboles, se le van los ojos tras los niños que pasan jugueteando, y si pasa alguno que no es niño, baja los ojos pudorosamente, y cuando ha pasado le sigue con la mirada, bien segura de que el paseante ha de volver la cabeza para verla otra vez.

¿Queréis saber lo que piensa la mamá?.....

—«¿Pero no habrá quien se case con esta criatura?»

¿Queréis saber lo que piensa ella?

—«Pero, ¿cuándo, Dios mío?»

Su aspiración es legítima; casarse. ¿No se casan las feas, las locas, las que tienen historia, las tontas?

Pues ella no es fea, que es el tipo más acabado de la hermosura; no es loca, que es un modelo de virtud y de cordura; no tiene historia, y no es tonta, que es despejada, inteligente, instruida. Conoce el mecanismo del telégrafo; sabe partida doble; ha aprendido el francés ella sola con Tramarría, con la Gramática de Tramarría, quiero decir; canta de oído con una voz angelical; borda al pasado, al realce, en cañamazo, en litografía; hace crochet, malle, encaje, puntilla, guantes; cose en blanco, en negro, para fuera y para dentro; en invierno sale poco de casa, porque necesita trabajar y los días son cortos, y tiene poca ropa; en verano es otra cosa, los días son largos, y puede robar al trabajo un par de horas por la mañanita para ir á respirar en el Retiro.... y á ver si Dios quiere que haya un hombre que sepa apreciar el mérito....

¿Encontrará este año ese hombre afortunado?

Vosotros á quienes dedico estas líneas, id al Retiro, fijaos bien en Lucinda, y Dios quiera que haya uno entre vosotros que la siga hasta su casa, calle del Peñón, 288, piso 5.º, interior, y la hable y la trate unos días. Yo respondo de ella, de su virtud, de su talento, de que será buena esposa, buena madre y buena abuela, y de que su mamá, la señora gorda, no estorbará al yerno, porque se morirá de la alegría de verla casada.

¡Pobré Lucinda! Haría feliz á un hombre, completamente feliz; y ningún hombre se atreve, por lo visto, á ser feliz casándose con Lucinda. En cambio se casan todas las que han de hacer al marido.... desgraciado.

Así pasa Lucinda la primavera y el verano todos los años.... Cuando en Octubre empiezan á caer de los árboles las hojas, escóndese Lucinda en su quinto piso de la calle del Peñón, y hasta otra primavera.

—«Dios mío!—piensa la hermosísima Lucinda.—¿Qué pocas primaveras me quedan ya!»

Lector, si es usted soltero ó viudo, hágame usted la merced de casarse con Lucinda.

CARLOS FRONTEIRA.

Mayo, 1881.

(Ilustración de Enrique Sotomayor.)



BAÑOS

Dibujos de Clifa.



Se baña con Lola sola,
y se alejan de la playa,
Felipito Manteola,
¡ola! ¡ola! ¡ola! ¡ola!
¡vaya! ¡vaya! ¡vaya! ¡vaya!



Las ranas en su charca
pasan el día
en leer ejemplares
de LA GRAN VÍA.



¡Cómo se parece esa a la doncella que tenían los de Regular!
si no fuera porque ésta es más distinguida y que a la legua se
conoce que no es una doncella.



He mandado a mi mujer a un pueblecito con mi primo Arturo, para
venirme yo solo a esta playa, y, mientras la pobre se aburre sin mí, yo
me divierto de firme; ¡buen tuno soy!



El que dice chistes en la mesa de la fonda, y
que en cuanto dice una cuchufleta, se oye una
carcajada... la suya.



Pasa todo el verano en el balneario de X, y
dice que no la cuesta nada, y nadie en particular
se lo paga; ¿por qué será?



Voy al Casino y pongo un duro a encarnado; viene el encarnado!
Pues tengo dos duros; viene el negro! Pues lo pido un
duro al que tenga al lado, y no he perdido nada.



— Ahora me está haciendo el amor ese viejo; ¿tú sabes cómo
anda de dinero?
— Nada, en oro.
— Tan rico es!
— No, si digo que no tiene nada en oro, y en papel poquísimo.

METERSE Á EMPRESARIO

I.



Don Mamerto Cortinillas había sido ya todo cuanto hay que ser en este mundo.

Hizo en sus mocedades comedias caseras, tuvo fábricas de jabón, presidió una cofradía del Santísimo Sacramento y fué sucesivamente domador de caballos, tenedor de libros, miliciano nacional, cosechero de guisantes, profesor de inglés y recaudador de contribuciones.

Sólo le faltaba ser empresario de teatros, y dijo:

—¡Lo seré!

Pero no siempre la fortuna había de ayudarle y, en su postrer empeño, le abandonó.

Supo, no sabemos si por revelación divina ó por soplo humano, que el alcalde de su pueblo (en el cual, en el pueblo, había un teatro muy enco) iba á llevar una compañía lírico-dramática de Madrid, y se le ocurrió la peregrina idea de anticiparse al alcalde, tomar el teatro y dar una función por su cuenta.

Lo primero que hizo fué buscar artistas, ó cosa parecida, y á este fin, visitó primeras tiples, tanto nuevas como usadas, damas de carácter más ó menos apacible, y tiples segundas que habitaban pisos cuartos.

Riñó con madres naturales y artificiales, se vió comprometido con unas, [desairado por otras, y con exigencias tales por casi todas, que más de una vez pensó dar al traste con su proyecto. Esta le pedía catorce duros por función, aquella le imponía la condición de

que se la obsequiase con butifarra en los entreactos; otra la de llevar consigo á su esposo (vamos al decir) y á tres retoños como tres carabaos.

Recorrió mi hombre algunos domicilios de todos aspectos, y llegó á encontrar una primera tiple de excelente trapío, buenas formas sociales, voz de timbre móvil y repertorio ilimitado, según ella. Sus exigencias no fueron muchas, pues sólo se redujeron á llevar consigo á su reverenda madre y á un primo segundo, amén del viaje pagado, la comida, la cena, los ramos de flores, el aguardiente para la mamá y los cigarros para el primo.

En concepto de segunda contrató á una pobre mujer, tiple ella por todos cuatro costados, con una boca que hacía competencia á las de riego (por el tamaño y por el riego), y con pocas pretensiones, á causa de haber estado parada desde la revolución de Septiembre; y como, al juzgar por las trazas, no había comido desde aquel glorioso acontecimiento, por seis pesetas encontró don Mamerto una



artista de corazón, de estómago y de todas las vísceras imaginables, capaz de cantarse desde *La Soirée de Ca-chupín* hasta los *Hugonotes* inclusive.

Con estos dos elementos femeninos, ya podía el buen Cortinillas darse con un canto en los pechos ó en donde quisiera; pero le faltaba contratar á cuatro hombres y un cabo, es decir, á un tenor cómico, un bajo ídem, un característico entreverado, un apuntador barato y un maestro director de orquesta para que ensayara las partes en su casa, y después, en el teatro, se dirigiese á sí mismo, toda vez que la orquesta sólo consistía en un piano de sonidos intermitentes.

Frecuentó con este objeto el café inglés y *petitorios* adyacentes. Habló con bajos que picaban muy alto en cuanto á su retribución, con tenores cómicos que eran tan tenores y tan cómicos como mi abuela, y con actores, apuntadores y maestros que... más le valiera no haber nacido. Todos ellos, según decían, se hallaban asediados por solicitudes de empresarios de las cinco partes del mundo, y el que menos, tenía medio arregladas dos docenas de contratas para Buenos Aires, Lisboa, Sevilla, Chinchón y otras capitales.

En fin, después de quedar ajustado con algunos artistas, que luego desaparecieron de su vista dejándole colgado, y tras de sufrir berrinches de todos tamaños y hechuras, pudo contar con los leales servicios de un bajo y de un tenor que, á no ser por la carraspera y los ataques epilépticos que respectivamente padecían, hubieran cumplido á maravilla.

Completó don Mamerto el personal necesario, llevando de maestro á un tal D. Valeriano Motete, organista de cierto convento de monjas lírico-fantásticas, y tan propició para entonar un *requiem eternam* como para acompañar unas seguidillas gitanas.

Las continuas disidencias entre los actores, los piques entre las *divas*, los tropiezos en los ensayos y la para él difícil confección de carteles y programas, quitaron al nuevo empresario el apetito muchos días y el sueño no pocas noches; pero con un tesón admirable, procurando vencer obstáculos que más adelante indicaremos, llevó á cabo su malaventurado proyecto.

¿Cómo?

Esto merece capítulo aparte.

(Se concluirá.)

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

UNA Y NO MAS

RIMA

Que me amaste al principio, bella niña
no lo puedo dudar.
Luego, por tu marcado coquetismo
tuvimos que tronar.
Hoy una galeota me ha venido
hablándome de tí,
y dice que estás loca, que me amas
con ciego frenesí;
que trae encargo de arreglarnos,
y que mueres si no.
(Mulecilla corriente en estos casos
que ya conozco yo.)
Abona en tu defensa, que la misma
eres que fuiste ayer;
y á sus gestiones, adorable niña,
yo no puedo acceder.
No es que tenga reparo y no te crea,
ni que dude de tí.
Te amaba, me engañaste, has concluido.
Elena, para mí.
Pues si por ser coqueta en otro tiempo
tuvimos que tronar,
cómo, siendo la misma, esos amores
vamos á reanudar!

Luis LOZANO.



Así EN LA TIERRA como en el cielo



San Pedro, que aquel día,
dicen que estaba
de buen humor,
abrió la porteria,
sin ver que daba
paso al amor.

Pues los novios quisieron
vivir dichosos
y disfrutar,
y en la gloria estuvieron
muy presurosos
en penetrar.

Cómo los dos amantes
lo pasarían
no hay que decir:
las horas, como instantes

allí debían
de transcurrir.

Pero ¡ay! que de Dolores
un ángel tanto
se enamoró,
que ella á este amor (¡ señores,
qué desencanto!)
correspondió.

El infeliz Conrado
llegó á enterarse,
y ¡es natural!
cuando se vió engañado,
juró vengarse
de su rival.

DE un fuerte constipado
hoy hace un mes
murió Dolores;
y su novio Conrado,
loco de amores,
murió después.

Ya muertos, se juntaron
(aunque alguien de eso
llegó á dudar),
y á la gloria llegaron
con sólo un beso
que lamentar.

Pero hubo un angelito
que el juramento
dicen que oyó,
y á San Pedro bendito
todo al momento
lo refirió.

Y San Pedro, alarmado
por la jarana
que se iba á armar,
el cielo al desdichado
por la mañana
le hizo dejar.

Sus perdidos placeres
con desconsuelo
lloró al salir;
y exclamó: «Con mujeres,
ni al santo cielo
se puede ir.»

A. CASAÑAL SHAKERY.



HABLADURIAS

Leo en varios periódicos la noticia de la muerte de la madre de Boulanger, de aquel general que iba para Napoleón I ó para Napoleón III, y abandonó la carrera.

Le bras-général tropezó en su camino con una mujer que fué su perdición.

«No hay perdición en el mundo
que por mujeres no venga.»

El apellido de Mad. de Bonnemain era un sarcasmo.

¡Bonnemain, mujer que tan mala mano tuvo para el general!

Mad. Boulanger ha muerto á la edad de noventa años próximamente.

Era una anciana venerable, que adoraba á su hijo, á quien suplicaba constantemente que huyera de peligros que le amenazaban.

—¡Por mí!—le suplicaba su cariñosa madre.—¡Hazlo por mí!

Y *le bras-général* ofrecía solemnemente á su madre no disgustarla.

Pero el pensamiento de la revancha le absorbía; su vida era para Francia, para su patria querida y agradada.

Apareció Mad. de Bonnemain en escena, y el caudillo se olvidó de todo; de lo más grande: del amor á la patria y á la madre, doloridas.

Mad. Boulanger vivía muerta desde el suicidio de su hijo.

Más afortunada ha sido la madre de nuestro general Guerra.

Este, convencido por los ruegos de su madre y de su esposa, se retira á la vida privada.

Y también había sido halagado por las poblaciones, como Boulanger, y tal vez más.

No sé si, como Boulanger, habría soñado con el imperio de España ó con el del Mogrheb.

Pero, más afortunado que Boulanger, en lugar de tropezar en su camino con una Bonnemain, tropezó con una cordobesa, tan hermosa como buena, según cuentan.

Y *le grand épée-général* se habrá dicho:

«Los toros, como los pueblos, dan y quitan.

» Dan cornadas y quitan el *sentido*.

» Seré cauto ante los ejemplos de Lincoln, Carnot, don Pedro I de Castilla y Bocanegra.»

Estas reflexiones le llevarían á la resolución de retirarse de la vida pública.

Hay que confesar que á su edad es la suma abnegación esa retirada.

«Cuando le sonreían la fortuna y las mujeres que se sienten artistas»—como le dicen casi todos los cursis-taurinos,—y no me atrevo á denominarlos escritores por no ofender su modestia, digna de los cuartos del tranvía.

Todos se retiran, menos los representantes del país.

Este año tienen temporada de verano.

¡Adiós, baños!

Los que aguardan esta temporada del año para lavarse, ¿qué harán?

Porque en todas las clases sociales hay de todo.

—Hombre, dile al señor de Sagasta que necesitas los baños como el comer, porque en cuanto llega este tiempo y no te refrescas la piel, te pones repugnante—dice una señora *diputada* á su esposo, orador de acompañamiento.

—De aquí no sale nadie—decía un día famoso el presidente, que era á la sazón del Consejo.

—Pero, señor—replicaba el diputado insignificante á quien se había dirigido S. E.—si es por breves momentos, y si me detiene va á ser tarde.....

Esto lo decía con entonación afligida y suplicante.

—Hay que votar.

—Sí, señor; pero hay que atender á tantas necesidades.....

—¡Hola! ¿Quiere usted aprovechar la ocasión, imponérseme y pedirme algo? ¡A ver, usted, á dónde va?—preguntó el indigno jefe del Gobierno á un individuo de la Embajada inglesa, tomándole por diputado de los anónimos.

Y el inglés respondió tranquilamente:

—Mi dejar abonado el voto en contaduría.

NOTA ARTÍSTICA

MIGUEL HERNÁNDEZ NÁJERA



EDUARDO DE PALACIO.

EL CORDEL DE LAS MERINAS



CHARADA, POR A. NOVEJARQUE

1.^a y 4.^a

Entre todas las mujeres
dudo que puedas hallar
otra que sea como esta
que te acabo de citar.

2.^a y 3.^a

Un anfibio que á Benito
cogerlo mucho le gusta,
y con este animalito
á Mónica mucho asusta.

3.^a

La sílaba que presento,
que tienes aquí delante,
es nombre de consonante
que sin duda te da ciento.

TODO.

El *toda* aquí presente
de Huelva una villa es,
donde allí pasa un mes
en el verano Vicente.

COMBINACIÓN DOBLE SILABÁTICA

POR A. NOVEJARQUE

0 0 * * 0 0
0 0 * * 0 0
0 0 * * 0 0

Sustituir los ceros por letras, y se leerán horizontalmente los siguientes significados:
Anfibio.—Apellido de un escritor.—Nombre de mujer.

Cambiar las estrellas por letras, de modo que verticalmente se lea un nombre de mujer, y después, todo junto, léase horizontalmente:

Nombre de mujer.—Diente.—Tiempo verbal.

JEROGLIFICO, POR A. NOVEJARQUE

AL Las estrellitas del cielo
no pueden estar cabales,
porque en la cara mi niña
tiene las dos principales, **A**

DICCIÓN, POR A. NOVEJARQUE

Nombre de río, animal y sierra,
y un cabo además:
lector, las cuatro palabras dictadas
con una dicción darás.

NOMBRE DE MUJER

POR A. NOVEJARQUE

Un nombre de mujer es
de cinco letras cabales,
cuatro de ellas son vocales;
¿podrás decirme cuál es?

LO PRINCIPAL

¿Que me fije si es oblongo
ó cuadrado ese jabón?
Basta si es de la región
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería Víctor Vaissier, place de l'Opera, 4, Paris.

SOLUCIONES

A LOS PASATIEMPOS DEL NÚM. 54

A LA SUSTRACCIÓN Y COMBINACIÓN DE LETRAS:

Teresa.

TRAES—TRES—SER—RE—E.

(E A T S R)

Resta.

AL PROBLEMA DE AJEDREZ:

C. 3 jaque.

D. 4. jaque.

R. 3

T. toma D.

A. 7 mate

AL METAPLASMO:

A—AC—ACK—ACER—ACEBA,
ACERA—CERA—ERA—RA—A

AL ABECEDARIO: Los sobrinos del capitán Grant, Miguel Ramos Carrión, Manuel Fernández Caballero.

AL DOBLE ACRÓSTICO:

A U R E L I A N A
T I M A D O R
E N E R O
C A L
A

AL ACRÓSTICO CENTRAL:

R O G E R
M A S
C A S T O
L E P R A
P A N
C A R D O
A N A
B R U N O
A Ñ O
A V E N A
A Z A
D E I D A L
V E L
D R A N O
P E R R O
O C A
T R E C E

A LA REPETICIÓN DE MINÚSCULAS.—
C'ampamor.

Las soluciones de los pasatiempos de este número se publicarán en el siguiente.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES
QUE SE NOS REMITAN

Est. tipográfico «Sucesores de Rivadentyna».

En el próximo número daremos cuenta de los libros recibidos en esta Administración.

ROMBOS EN COMBINACIÓN

POR A. NOVEJARQUE



Sustituidas las estrellas por letras, léase horizontal y verticalmente:

Letra.—Reunión de agua.—Pueblo.—Tiempo verbal.—Vocal.

DERECHOS RESERVADOS.